

Llamativos trabajos integran exposición centrada en el fenómeno de la migración

Sexy karateca boliviana acosa a artista chileno

A través de videos, fotos e instalaciones, varios autores chilenos y latinoamericanos exploran las diversas formas en que se relacionan con personas de otros países.

RODRIGO CASTILLO R.

Razas, nacionalidades, territorios de origen y rasgos de identidad local se confunden hasta el infinito en las obras que integran *Belong here*, muestra colectiva que se exhibe desde hoy en el Centro Cultural de España (Providencia 927) y cuyo tema central es el fenómeno de la migración.

En el montaje, que incluye, videos, fotografías e instalaciones, es posible apreciar las creaciones de diecinueve artistas –provenientes tanto de Chile como de diversos puntos de Latinoamérica– que, por esas cosas de la vida, trabajan muy lejos de sus respectivos países.

Uno de los trabajos más llamativos corre por cuenta del chileno Oscar Raby, quien ha desarrollado su carrera tanto en Santiago como en Australia: se trata de un video en el que una curiosa heroína digital, mezcla de reina de belleza boliviana y maestra de

Una karateca boliviana en acción protagoniza el video del chileno Oscar Raby.



artes marciales, realiza todo tipo de acrobacias mientras, a sus espaldas, desfilan imágenes que aluden al mundo de las importaciones, las exportaciones y el comercio exterior.

“En esa pieza yo veo una apropiación humorística del folclore, lejos de la postura doliente o de reivindicación que generalmente se asocia con el folclore. Es una actualización de la forma en que vemos a los extranjeros, hecha a través de elementos que todos compartimos”, explica Jorge Sepúlveda, curador de la muestra.

“Si te fijas, la chica boliviana lleva un poncho estampado con la imagen de ese antiguo juego de video llamado *Space invaders*, que es un referente válido en Chile, en Perú, en Bolivia y en el resto de Sudamérica. De la misma manera, todos conocemos el concepto de la heroína karateca ninjja”, agrega el especialista.

La venezolana Deborah Castillo, en tanto, aporta un video –titulado *La super sudaka*– en el que ella misma interpreta a una

voluptuosa empleada que, trapeando en mano, le saca brillo al piso de una galería de arte ubicada en Barcelona. Su propuesta contrasta con la de su compatriota Suwon Lee, quien, poseedora de un rostro marcadamente oriental, presenta una foto en la que aparece de pie en una playa solitaria mientras sostiene una maleta estampada con el letrero “Get a life” (búscate una vida).

“Al armar esta exposición quise evitar los tics y los prejuicios relacionados con la migración.

Doble discriminación

Entre los trabajos que integran la muestra colectiva *Belong here* es posible encontrar dos propuestas que interactúan de una manera bastante curiosa.

Tanto Valentina Serrati (paraguaya residente en Chile) como Karen Pazán (colombiana y también residente en Chile) ofrecen sus visiones de mujeres enigmáticas vestidas con ropas propias de Bolivia y de Colombia.

“Ellas muestran a estas mujeres con sus ropas muy limpias, lo que las aísla de sus respectivos entornos y es una forma de discriminación”, reflexiona Jorge Sepúlveda, curador del montaje.

En otras palabras, no quería hacer una exposición de nanas peruanas, sino que quería que los artistas trataran de entender por qué necesitamos tanto a las nanas peruanas y por qué ellas nos necesitan tanto a nosotros”, resume Sepúlveda.

–¿Y llegaste a entender el fenómeno?

–La conclusión que saqué es que deseamos al extranjero pero, al mismo tiempo, también le tememos. La dueña de casa chilena confía su casa a la nana peruana pero también teme por su propiedad o teme que su hijo se acueste con la nana. Lo mismo ocurre cuando el chileno sale al extranjero. Como dice la canción, “me gusta pero me asusta”.

VINAGRE BALSÁMICO

¿Realmente me parezco a ese tipo?



Mauricio A. Gallardo

Un venezolano con el que trabajo desde hace poco me sorprende con lo siguiente: “Tengo un amigo de infancia que se llama Mauricio Gallardo. Fuimos compañeros de colegio en Caracas, y no me vas a creer: tiene un extraordinario parecido moral contigo”.

Es bien extraño que alguien que recién me viene conociendo aluda a mis características morales. Así es que, para precisar, le pregunto:

–¿A qué te refieres con “parecido moral”?

El venezolano explica que tanto su amigo como yo, “aparte de ser reflexivos y profundos, son valientes y tienen un gran temple”. ¿Reflexivo y valiente yo? Si mi colega me conociera un poco se daría cuenta de su craso error. Pero como me alegra que alguien tenga una idea tan equivocada y positiva sobre mi persona, le propongo:

–Sería genial, entonces, que él y yo nos conociéramos –y le pido que organice una videoconferencia con mi tocayo, que vive en Dallas.

Tres semanas más tarde, mi compañero de trabajo me notifica: “Llamé al otro Mauricio. Le parece increíble tu idea. También quiere conocer”.

Los preparativos de la cumbre de Mauricios realmente me entusiasman. Me corto el pelo y me compro una camisa azul para la ocasión, pues nunca olvido que el maestro Hugo Miller decía que ése es el mejor color para aparecer en pantalla, vaya uno a saber por qué. También releo el libro *El otro, el mismo*, de Borges, para sacar algunas ideas sobre la alteridad y darle así una buena impresión al Mauricio de Dallas.

Cuatro días después sucede el encuentro. Frente a mí hay un televisor, un micrófono y una sensación de irrealidad.



Frente a mis ojos, un tal Mauricio Gallardo –otro Mauricio Gallardo– da la lata hablando obviedades sin ningún pudor. “¿Será así como yo me veo ante los demás?”, me pregunto con inquietud.

Un sonriente Mauricio Gallardo, ligeramente parecido a Pepe Abad, me hace un saludo con la mano. Tras una alborozada celebración por conocernos, él monopoliza la conversación. Me cuenta que es ingeniero, que tiene tres hijos y que practica budismo zen desde hace cinco meses. Entonces se larga a explicarme detalladamente cómo el pensamiento positivo le ha cambiado la vida.

–Los buenos sentimientos tienen un poder increíble –me repite, justo en el momento en que un vaso de agua cae de mis manos y se estrella estrepitosamente contra el piso.

–¿Has leído a Borges, el argentino? –pregunto, procurando interrumpirlo.

–Ya no leo nada que no sea alimento

para el espíritu –responde, y continúa su verborrea optimista.

Tengo una sensación de vergüenza ajena. Casi nauseabunda. Frente a mis ojos, un tal Mauricio Gallardo da la lata hablando obviedades sin ningún pudor. “¿Realmente me parezco a este tipo?”, pienso con inquietud. “¿Será así como me veo ante los demás?”.

–La clave de la felicidad está siempre en uno mismo –dice Gallardo, el otro, y sigue machacando mi ego con sus recetas de cómo mirar la vida desde un punto de vista “crecedor”.

–Me alegra de haber puesto energía positiva en tu corazón –me dice con voz de pito cincuenta minutos después, cuando fuerza la despedida. Lo despacho con grandes elogios. Me siento horriblemente desilusionado.

–Te lo dije –me comenta orgulloso mi colega venezolano, mientras recoge el micrófono y los restos de vidrio diseminados por el suelo –: ustedes son como dos gotas de agua.